

arte
letras
espectáculos

LIBROS

«Clarín», crítico

El impresionante resurgir de la cultura española en la época de la Restauración está siendo objeto últimamente de considerable atención. En literatura, de modo especial, se viene prestando creciente interés al polvoriento anaquel realista y el olfato editorial —que casi nunca falla, como el de los podencos— arriesga con frecuencia unas pesetas sobre el basto de Alarcón, la copa de Valera, la espada de Galdós o el oro de «Clarín». **Allanza Editorial** —galgo más que podenco, ciertamente— ha contribuido a sacar del olvido a «Clarín», del que ha editado, con rigor y fidelidad, «La Regenta», «Su único hijo» y, ahora, los casi inencontrables «Solos» —números 8, 21 y 350—, colección de crítica de excepcional relieve por constituir un testimonio directo de esta etapa hasta 1881.

De «Clarín» poco se puede decir en tan corto espacio sobre lo mucho que sería preciso. El maestro de la novela —¿hay, fuera de Cervantes, parangón posible con el autor de «La Regenta»?— fue un crítico atento, incomprometido, modesto y perseverante, cuatro cualidades rari-

simas, para ir juntas, en un espíritu hispano. Los juicios reunidos en los «Solos» —esperemos que **Allanza** nos depare pronto los «Paliques»— componen una lección de crítica que buena falta está haciendo en esta época en que, como en la suya, los (más o menos) profesionales de la crítica literaria andamos divididos entre «apaleadores» y «benignos». «Clarín», como un símbolo, escribió por lo general en el aislamiento de su Oviedo, y quizá esa lejanía premeditada de la «república de las letras» le permitió tanta libertad y tanto vigor de juicio. Pero lo que interesa ahora es esa crítica admirable y no su figura, señora sin duda.

Llama la atención, en principio, el desenfado con que «Clarín» trabajó, como réplica, no sé si consciente, a la pedantería «positivista» o al devotismo casi teológico que por entonces tenía el juicio crítico de un «tecnicismo» insufrible, como sucede hoy con la legión de frustrados lukacsianos, goldmannianos, neopositivistas, estructuralistas y otros aprendices de brujo con partitura de importación. La estrategia de «Clarín» es deliberadamente sencilla y no podía ser de otro modo en un país que en aquellos años contaba con un 71 por 100 de analfabetos y, por tanto, con un 29 por 100 de letrados, del que había que descontar aún varias partidas importantes de teólogos, carcas o simples

miopes. Es delicioso, hoy por hoy, asistir a ese ejercicio prestidigitador en que «Clarín» se permite decir lo que quiere, hasta las cosas más gordas, escamoteando el veneno con un gesto inapreciable de inocuidad. A Pereda, a Alarcón —el prologoista de estos «Solos»—, a Valera,

anacronismo para que revienten por su cuenta. Crítico culto y casi ático, «Clarín» es un modelo de templanza y sinceridad jamás enturbiado por el afecto ni aun por el entusiasmo.

Y aquí surge un tema insoslayable para cuyo enfoque general me remito a lo dicho sobre Pérez de Ayala en estas mismas páginas —ver **TRIUNFO**, núm. 489—. Me refiero a su anticlericalismo. Sólo volveré sobre el tema porque creo que en el caso de «Clarín» las razones que allí aportaba son todavía más claras. A «Clarín» se le tuvo y tiene por impío y casi por ejemplo típico de tragacuras provinciano y «positivista». Pero resulta que, leyendo esta obra se descubre que la crítica contra el clero no es sino un capítulo en la tarea muy sistemática y objetiva que se propuso de dismantlar la tramoya creencial y la inercia mental del país, dentro de cuyo círculo el clericalismo era una fuerza significativamente política. «En cuanto a religión... la natural», dice «Clarín» que profesa, repitiendo a un personaje de Espronceda y lo dice a propósito de su crítica a Menéndez Pelayo, a quien cree, hay que suponer que por defecto de una apresurada y cordial valoración, un «neo» casi a la fuerza. Es, en efecto, el ideal de una religión natural lo que le mueve a revisar los supuestos sociohistóricos del catolicismo español que en su tiem-

po, como en el nuestro, tenía mucho más de «eclesiástico» que de «religioso»: «Fe es creer lo que no vimos. Está bien. Pero muchos añaden: como si lo hubiéramos visto. Este es el error de la fe», dice en una de sus «cavilaciones». Yo no sé si estaré escribiendo una herejía crítica, pero a mí, «Clarín», como Galdós o Valera, me recuerda muy de cerca ciertas posturas ortodoxas y especialmente al padre Feijoo, y su voluntad de «desmitificar» la religión desde dentro. Es más, hay en «Clarín» incluso una innegable energía cristiana, si eso se entiende a tenor evangélico: «Todos los mandamientos se encierran en dos: en amar a Dios sobre todas las cosas y al amor sobre todos los dioses». La frase encierra, a mi entender, algo más que pánfilo panteísmo. En su estudio sobre el León Roch galdosiano «Clarín» transparenta el sentido de su anticlericalismo y las razones de una postura que casi puede llamarse generacional.

No hay sitio aquí para una referencia completa a los temas tratados en los «Solos». Señalaré sólo dos impresiones que llaman la atención en su lectura. Se refiere la primera a la caducidad de las estimativas o, dicho de otra forma, a la contingencia implícita en los juicios «estéticos». Valgan como ilustración sus valoraciones, hoy difíciles de admitir, sobre la poesía de Bretón o García Gutiérrez



«Clarín»

a Menéndez Pelayo, «Clarín» les mide el costillaje literario con una vara de ironía casi invisible; a los empedernidos e incurables «tradicionalistas» —esos «neos» que él fustiga de continuo, poniendo de relieve su fuerza en la sociedad de la época— y a los recalitrantes románticos, les aplica sin disimulo la horma del



Alexandr Solzhenitsin
Premio Nobel 1970

primera edición mundial de
AGOSTO, 1914

Como ayer Tolstoi, hoy
SOLZHENITSIN

SIGA A BARRAL



Distribuciones de Enlace, Bailén, 18, Barcelona, 10 - Teléf. 245 54 23

rez o su afirmación de que los insubribles «pequeños poemas» de Campoamor «son de lo mejor que se ha escrito en lo que va de siglo» —¡Espronceda, Rivas, Bécquer, Rosalía...!—, a lo que añade un elogio de «El tren expreso», que suscribiría sin dificultad mi padre. Claro que en ese revoloteo estimativo de «Clarín» hay revueltas en que se recomponen muchos de estos juicios y aclaran nuestra perplejidad, como puede verse en el mismo varapalo que aplica al «prosaísmo poético» de Campoamor.

La otra impresión es la que nos produce ya el temario del libro, cuya nómina de clásicos y obras resulta imponente si se considera que todo ello se produce en menos de diez años. Al instinto de «Clarín» no escapó en su día la envergadura de este resurgimiento, sobre todo de la novela, cuyo alcance sabe estimar como un verdadero sociólogo del conocimiento y de la literatura. Lo prueba su «explicación» del fenómeno como una consecuencia de la revolución del 68, que, aun fracasada en el plano de las instituciones, dejó abonado el yermo espíritu-cultural del país en sus críticas ocasionales sobre los «maestros», en sus alusiones al naturalismo y a la influencia de Zola y, especialmente, en el artículo «El libre examen y nuestra literatura presente», «Clarín» descubre temas tan decisivos como la dependencia entre cultura y libertad o el sentido exacto de la implicación burguesa-realismo. Con razón ha podido escribir Tuñón que «Clarín», como el Galdós de la primera época, expresa la escala de valores de una burguesía que pugna por tomar hegemonía en las riendas del país». De ahí precisamente su perfecta orientación crítica y su «realismo». Y de ahí también sus «limitaciones», el anacronismo de una parte de su estimativa considerada a casi un siglo de distancia: el desfase, el error de perspectiva es nuestro. Quizá una de las tareas más apasionante para una sociología de la literatura española consistiría en buscar la explicación al referido resurgimiento cultural, tal como se ha hecho, por ejemplo, con el 98. Pero uno cree en todo caso



UNA FALSA HISTORIA

No es la primera vez que Max Aub se inventa, con la seriedad de un historiador, personajes o circunstancias inexistentes, levantadas como una trampa para las almas cándidas y como un motivo de diversión para cuantos están en el secreto. Esta vez estamos ante un discurso leído por Max Aub, nada menos que con motivo de su recepción en la Academia Española el 12 de diciembre de 1956. Titulará el discurso "El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo" (Tipografía de Archivos, Olóza, 1. Madrid), seguido de una imaginaria contestación de Juan Chabás y Martí, donde se habla de un Max Aub largos años dedicado a la dirección del Teatro Nacional.

El punto de partida consiste en suponer que no hubo ninguna guerra civil, en que los Lorca, los Alberti, los Hernández, los Bergamín han seguido escribiendo y estrenando regularmente junto a los Buero, los Muñiz o los Sastre. Inútil decir que la fantasía permite al escritor una serie de travesuras que nunca dejan de

tener un fondo amargo, como es el caso en que se pone a inventar los títulos de las obras escritas por García Lorca después de "La casa de Bernarda Alba".

El texto tiene interés por múltiples razones. No sólo estamos ante la prosa de Aub y de una serie de opiniones suyas sobre el teatro, sino, sobre todo, ante un valioso documento del exilio y la ruptura provocados por nuestra guerra. La displicencia de Aub hacia muchos de los escritores españoles que consiguieron el éxito en las últimas décadas es el único dato explícitamente crítico; pero el capitulo en cuestión está resuelto con elegancia y brevedad. Lo que hace de este discurso un documento dramático es, justamente, lo que no se dio en él, su condición de fantasmagoría democrática.

Para curiosidad de quienes no conozcan este discurso, digamos que Max Aub se imagina sucesor de Valle-Inclán, en una Academia de la que forman parte: García Lorca, Fernández Montesinos, Jiménez Caballero, Américo Castro, Navarro Tomás, Miguel Delibes, Dámaso Alonso, José Bergamín, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Rafael Lapesa, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Camilo José Cela, Juan José Domenchina, José Moreno Villa, Agustín Millares Carlo, Vicente Lloréns, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Ramón Sender, Pedro Sainz Rodríguez, José María Pemán, Antonio Rodríguez Moñino, Eugenio Montes, José María de Cossío, Emilio García Gómez, Melchor Fernández Almagro, Corpus Barga, Max Aub, Adolfo Salazar, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Martín Luis Guzmán, Juan Chabás, Miguel Hernández, Francisco Ayala, Claudio de la Torre, Juan Larrea, Blas de Otero, Emilio Prados, Salvador de Madariaga, Xavier Zubiri, Paulino Masip, Joaquín de Entrambasaguas, Carlos Riba, Ramón Castelao, Telesforo de Monzón. ■ J. M.

que aún tendría más interés explicar su posterior declive, desentrañando el sentido de la determinación clasista de los resultados culturales. En el caso de «Clarín», por ejemplo, habría que poner en claro cómo el desarrollo de la novela o de la crítica durante la restauración forma parte del esfuerzo de las clases medias por hacer su revolución, así como el declive inmediato responde al paralelo desencanto de las nuevas clases. Es sintomático que la Bolsa literaria sostenga una cotización equilibrada con la financiera. Auge común en el pri-

mer decenio, declive también común de 1885 en adelante. Y aún lo es más que quienes, como Galdós, no se conforman con la nostalgia y siguen en la brecha tengan que separarse progresivamente de la estrategia de su clase y desplazarse hacia la izquierda hasta ingresar en la estrategia de una clase que ya no es la suya o lo es sólo de adopción. Los «maestros» burgueses que sobrevivieron al lento desastre canovista, afebrados al remo inútil de una ilusión pasada, terminaron, sin excepción, convertidos en momias infecundas. El des-

cierto de la cultura burguesa en los últimos quince o veinte años del siglo XIX —el abandono de la estética propiamente realista— obedece a que los escritores burgueses no supieron percatarse de que la clase, como dice Tuñón, «había perdido el tren» y el «motor propulsor» era ahora el cuarto estado. Por lo menos, de momento. «Clarín» fue entre ellos el más templado intérprete de aquellos vaivenes. La muerte le sorprendió en 1901, traduciendo a Emilio Zola; eso se llama ser coherente. ■ JOSE A. GOMEZ MARIN.

Una crónica de los conversos

El largo proceso de elaboración de «Los judeoconversos en España y América», de Antonio Domínguez Ortiz, publicado ahora por Editorial Istmo, se inicia en la década de 1940. Según el propio autor explicaba en una primera redacción del trabajo, aparecida en 1955, su interés por la situación social de los conversos nació del contacto ocasional con fuentes de archivo que sugerían abiertamente la necesidad de poner en cuestión la creencia de la unidad espiritual en la España de los Habsburgo. «Aquellos pliegos marchitos —escribía, con cierta carga retórica, Domínguez Ortiz— destilaban sangre y hiel; eran gritos de seres humanos que se revolvan con odio, con ira, contra el destino que les imponía un pecado de origen en el que su voluntad no había tenido parte. Para mí, aquello era algo nuevo y desconocido; de acuerdo con las vagas y sucintas nociones que suelen correr en los manuales, creía que en la España imperial, eliminados los judíos y moriscos, se había conseguido la perfecta unidad espiritual: "Unum ovile et unus pastor"». Como resultados sucesivos de esta preocupación, nació primero un artículo, «Los cristianos nuevos, aparecido en 1949 en la revista de la Universidad de Granada; más tarde, el libro La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna, publicado en 1955 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y, por último, el estudio que ahora comentamos, enriquecido, por una parte, por nuevas búsquedas del autor y con la extensa bibliografía aparecida sobre el tema en los últimos quince años, y mutilado por otra, ante exigencias editoriales, de los valiosos apéndices documentales que sobre los estatutos de limpieza de sangre incluía el trabajo de 1955. «Los judeoconversos...», de Domínguez Ortiz, es una crónica, sucinta y rigurosa, de la intransigencia religiosa y racial en la España moderna. La cuestión conversos tuvo su origen en las conversiones forzadas que determinaron las matanzas de judíos de la se-